

INTRODUCCIÓN

Durante los años finales del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX la producción de azúcar en Cuba inició su despegue y consolidación. Sobre el binomio azúcar-esclavos se levantó el entramado de la plantación y con ella el ascenso de un nuevo grupo: los dueños de ingenios. Desde el Real Consulado los hacendados reivindicaban la manufactura azucarera como la única fuente de riqueza y lanzaban loas al cultivo de la caña:

Esta causa motriz que dio fomento
A tu comercio, industria y tu campaña,
Ha tenido un rápido incremento,
Que en todas partes verdecen la caña¹

La plantación se convierte en paradigma de la gran propiedad. Sin embargo, en el debate sobre el sistema plantacionista y las relaciones socioeconómicas inherentes a este, las cuestiones relacionadas con el dominio apenas aparecen reflejadas en letras pequeñas. Para los dueños de ingenios los ataques dirigidos a la gran explotación agrícola resultaban injustificados. Tras años de enfrentamientos con la Corona, de usurpaciones y litigios, precisamente en esas fechas culminaba en lo fundamental el proceso de legitimación de la posesión del suelo. En 1819 una Real Cédula consagraba la propiedad libre y absoluta.

Para consolidar el desarrollo azucarero necesitaban esclavos, pero también tierras. La acusada expansión de la agricultura comercial y la concentración de la tierra en pocas manos, impidieron el afianzamiento de los pequeños propietarios rurales. Los ingenios fueron el centro de una forma peculiar de relaciones sociales. Por un lado, atraían a los tra-

¹ «Las Glorias de La Habana. Poema. Francisco María Colombini, 10 de noviembre de 1798», en *Colección de poesías arreglada por un aficionado a las musas*, La Habana, Oficina de D. José Boloña, 1833, tomo 1, p. 115.

bajadores libres y a la población asentada en los pequeños fundos en tanto los necesitaban para ciertas tareas fabriles y el abastecimiento de productos alimentarios. Del otro, constituían un freno al proceso de asentamiento y a la inmigración espontánea al irradiar las prácticas consustanciales a la esclavitud. Los hacendados despreciaban la agricultura en pequeño que, a su juicio, no merecía respeto ni consideración. Las familias campesinas por lo general, se hallaban diseminadas en los campos dedicadas al cultivo de reducidas extensiones de terrenos. Además, la mayoría no eran propietarias de la tierra sino que poseían contratos de arrendamiento o aparcería, ya fuera con los terratenientes o —como en el caso oriental— tuvieran a censo terrenos del Estado.

Con la plantación se hacen visibles dos modelos agrarios contrapuestos: la *Cuba grande* de los latifundios azucareros basados en el trabajo esclavo, defendida por Francisco de Arango y Parreño, que resultó la predominante, frente a la *Cuba pequeña* de los pequeños campesinos libres propugnada por el intendente Alejandro Ramírez. Este patrón de análisis que cobró repercusión a partir de los estudios de Heinrich Friedlaender fue retomado y reformulado posteriormente por Juan Pérez de la Riva quien se refiere al desarrollo diferenciado de dos regiones: la *Cuba A* que se corresponde con el occidente de la isla (Habana, Matanzas y Cárdenas) donde prevalecía la plantación esclavista y se concentraban los mayores porcentajes de la riqueza nacional, la población y el comercio. Mientras en la *Cuba B*, la zona oriental, la actividad fundamental era la ganadería y se caracterizaba por su grado de atraso.²

Tal concepción del desarrollo de la colonia ya había sido cuestionada desde mediados del siglo XIX en el discurso de los reformistas como el conde de Pozos Dulces o Álvaro Reynoso, quienes defendieron la necesidad de diversificar la agricultura en beneficio de un campesinado que se desdibuja y cada vez está menos presente, al tiempo que se reducen sus oportunidades de acceso a la posesión de una porción de terreno y su conversión en arrendatarios o jornaleros. En la misma línea se ubicaron posteriormente los trabajos de Ramiro Guerra, uno de los mayores defensores del pequeño campesinado blanco, a partir sobre todo de la relación afectiva basada en testimonios familiares.³

² Heinrich Friedlaender, *Historia económica de Cuba*, La Habana, Ciencias Sociales, 1978. Juan Pérez de la Riva, «Una isla con dos historias», *La conquista del espacio cubano*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2004, pp. 197-198.

³ Veánse Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, *Reformismo agrario*, La Habana, Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1937. Álvaro Reynoso, *Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar*, La Habana, Ministerio de Industrias / Editorial Nacional de Cuba, 1963. Ramiro Guerra, *Mudos Testigos. Crónica del excafetal Jesús*

Tanto los reformistas decimonónicos como Guerra nos presentan a los cultivadores como un pequeño grupo social subordinado que no puede defender sus intereses frente a los hacendados azucareros en tanto grupo hegemónico. De esa forma, atrapados en una especie de fatalismo, lamentan la «ocasión perdida» de conformar un amplio sector compuesto por campesinos libres. Ambos, de una manera u otra, añoraban la existencia en Cuba de una capa social similar a la que existía en Europa o Estados Unidos. Para los reformistas, como forma de eliminar la esclavitud, y para los nacionalistas como base social contra el colonialismo primero y de la nación con posterioridad a 1902.

Conocemos pues la existencia de un modelo basado en una economía agro-industrial exportadora que comportó a nivel social el afianzamiento de los hacendados esclavistas y la exclusión de otros cultivadores. Pero desconocemos cómo los cambios en la propiedad incidieron en las relaciones sociales de producción y la dinámica interna de los grupos emergentes que se fueron cohesionando durante el proceso.

El estudio de los usos y dominios del suelo entonces, adquiere para la isla una importancia particular, máxime si consideramos su condición de país eminentemente agrícola. Hasta 1959 la estructura de la propiedad de la tierra constituyó el tema central de la economía y la estructura de clases en la isla. La tierra no solo fue el principal medio de producción sino también una fuente de subsistencia fundamental.

No podemos comprender las directrices de la economía, los avances de la agricultura, las características de los cultivos, la preeminencia del azúcar y el rumbo diferente que a partir del llamado *boom* azucarero de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX asumió la ordenación agraria, así como las líneas diferenciadas del desarrollo económico del occidente y el oriente del país, por citar algunos ejemplos, sin conocer la estructura agraria, las formas de explotación y tenencia de la tierra, así como su proyección e incidencia en la economía y la sociedad tanto a nivel regional como en el conjunto insular.

La temática agraria en sentido general, y las cuestiones relacionadas con los usos y dominio del suelo de manera particular han estado presentes en la historiografía aunque con desigual énfasis.⁴

Nazareno, La Habana, Ciencias Sociales, 1974. *Azúcar y Población en Las Antillas*, La Habana, Ciencias Sociales, 1976.

⁴ Un análisis de la historiografía referida a los problemas agrarios en Imilcy Balboa y Reinaldo Funes, «La Tierra en Cuba. Bibliografía básica, fuentes y perspectivas de estudio», *América Latina en la Historia Económica. Boletín de Fuentes*, n.º 16, julio-diciembre, 2001, México DF, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 89-104.

En el siglo XIX las transformaciones agrarias aparecen de forma tangencial en el discurso de los propietarios que prefieren esconder las usurpaciones y enfrentar a la Corona al «hecho consumado.» Francisco de Arango y Parreño, su máximo representante, apenas dedicó espacio en el *Discurso sobre la agricultura en La Habana* a tratar tales cuestiones.⁵ Tampoco los reformistas de la primera mitad del siglo como Félix Varela, José Antonio Saco o Ramón de la Sagra, prestaron especial atención a la redistribución de la propiedad. En sentido general —más allá de los divergentes puntos de vista—, su prédica se disipa entre el antagonismo al trabajo esclavo, el temor por el aumento de la población negra y las propuestas para variar el sistema.⁶ Desde el ámbito de la agrimensura varias obras trataron de arrojar luz sobre las figuras agrarias, la utilización del suelo y la legitimidad de las propiedades. Tales fueron los casos por ejemplo de Desiderio Herrera, Rodrigo Bernardo y Estrada y Esteban Tranquilino Pichardo y Jiménez.⁷

A principios del siglo XX el interés por las cuestiones relacionadas con la propiedad vivió su período de mayor auge, determinado por la necesidad de lograr su esclarecimiento en la nueva coyuntura que se abría tras el cambio de soberanía, la intervención norteamericana y los

⁵ Francisco de Arango y Parreño, «Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla», en *Francisco de Arango y Parreño, Obras*, La Habana, Imagen Contemporánea, 2005, vol. 1, pp. 144-198.

⁶ Ver Félix Varela, «Memoria que demuestra la necesidad de extinguir la esclavitud de los negros en la isla de Cuba, atendiendo a los intereses de sus propietarios» y «Proyecto de decreto sobre la abolición de la esclavitud en la isla de Cuba y sobre los medios de evitar los daños que puedan ocasionarse a la población blanca y a la agricultura» reproducidos por Eduardo Torres-Cuevas y Eusebio Reyes, *Esclavitud y Sociedad*, La Habana, Ciencias Sociales, 1986, pp. 148-162. José Antonio Saco, «Análisis de don José Antonio Saco de una obra sobre el Brasil intitulada, *Notices of Brazil in 1828 and 1829 by Rev. Walsh author of a Journey from Constantinople, etc.*», en Eduardo Torres-Cuevas y Arturo Sorhegui, *José Antonio Saco. Acerca de la esclavitud y su historia*, Ciencias Sociales, La Habana, 1982, pp. 203-204. También, *Mi primera pregunta. ¿La abolición del comercio de esclavos africanos arruinará o atrasará la agricultura cubana? Dedicada a los hacendados de la isla de Cuba por su compatriota José Antonio Saco*, Madrid, Imp. de Marcelino Calero, 1837. Ramón de la Sagra, *Cuba, 1860*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1963.

⁷ Desiderio Herrera, *Agrimensura aplicada al sistema de medidas de la Isla de Cuba*, La Habana, Oficina del Gobierno y Capitanía General, 1835. Rodrigo Bernardo y Estrada, *Manual de agrimensura cubana*, Sagua la Grande, Imprenta de la Hoja Económica, 1854 y *Prontuario de Mercedes concedidas por el Excelentísimo Ayuntamiento de La Habana en cuanto concierne a las haciendas de crianza de animales*, La Habana, Establecimiento Tipográfico La Cubana, 1857. Esteban Tranquilino Pichardo y Jiménez, *Nociones de agrimensura legal de la isla de Cuba*, La Habana, Imprenta y Librería Militar, 1863. *Agrimensura legal en la Isla de Cuba, Segunda edición corregida y aumentada*, La Habana, Imprenta y Librería Antigua de Valdeparés, 1902.

intereses de los inversores de esa nación. Junto a la reedición de la obra de Pichardo y Jiménez, aparecen nuevos estudios, como los de Leopoldo Cancio, José Rafael Gómez y Benito Celorio que centraron su atención en las cuestiones legales y las haciendas comuneras, precisamente las figuras agrarias que estaban entorpeciendo el acceso a la propiedad plena.⁸ Varios autores norteamericanos se sumaron a esta corriente, los trabajos del geógrafo Ray Hughes Whitbeck, de Dubon Corbitt y el sociólogo Lowry Nelson abordaron las mercedes, los realengos y los latifundios.⁹

El vertiginoso crecimiento azucarero en el primer cuarto de siglo de vida republicana incluyendo la compra de inmensas extensiones de tierras en las provincias de Camagüey y Oriente y el fomento de grandes latifundios asociados a la inyección de capitales estadounidenses, fueron denunciados por Ramiro Guerra y Raúl Maestri.¹⁰ Pero no fue hasta mediado el siglo xx que los temas agrarios comenzaron a formar parte explícita en obras de carácter histórico como las escritas por Francisco Pérez de la Riva y Julio Le Riverend, a quien debemos *Problemas de la formación agraria de Cuba, siglos xvi-xvii*, el único estudio, hasta el momento, dedicado íntegramente al examen de los usos y dominio del suelo, de plena vigencia por las respuestas que ofrece así como por las hipótesis planteadas.¹¹

⁸ Esteban Tranquilino Pichardo y Jiménez. *Agrimensura legal de la Isla de Cuba*, Leopoldo Cancio Luna, «Haciendas comuneras», *Cuba y América*, n.º 6, 1902, La Habana, pp. 227-236. José Rafael Gómez Cañizares, *Historia, deslinde y reparto de haciendas comuneras*, Santa Clara, Imprenta J. Berenguer, 1910. Benito Celorio y Alfonso, *Las haciendas comuneras*, La Habana, Imprenta de Rambla y Bouza, 1914.

⁹ Ray Hughes Whitbeck, «Geographical relations in the development of Cuban agriculture», *Geographical Review*, n.º 12/2, 1911, New York, pp. 222-240. Dubon Corbitt, «Mercedes and realengos in Cuba: a survey of the public land system in Cuba», *Hispanic American Historical Review*, n.º 19/3, Durham, 1939, pp. 262-285. Lowry Nelson, «The evolution of the Cuban land system», *Land Economics*, n.º 4, vol. XXV, 1949, Madison, pp. 365-381, y *Rural Cuba*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1950.

¹⁰ Ramiro Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Minerva, 1927. (Entre otras reediciones se puede citar la de Ciencias Sociales en 1970). Raúl Maestri y Arredondo, *El latifundismo en la economía cubana*, La Habana, Editorial Hermes, 1929.

¹¹ Francisco Pérez de la Riva en *Origen y régimen de la propiedad territorial en Cuba*, La Habana, Imprenta el Siglo XX, 1946. Ramiro Guerra, et al., *Historia de la Nación Cubana*, La Habana, Editorial Historia de la Nación Cubana/Academia de la Historia de Cuba, 1952, 10 vols. Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, y *Problemas de la formación agraria de Cuba, siglos xvi-xvii*, La Habana, Ciencias Sociales, 1992 (publicado originalmente —entre 1984 y 1986— en forma de artículos en la *Revista de la Biblioteca Nacional*).

Esta línea fue retomada más tarde por Juan Pérez de la Riva y Leví Marrero.¹² Y ha sido continuada por Fe Iglesias y Gloria García durante las décadas de 1980 y 1990. No podemos dejar de mencionar *El ingenio* de Manuel Moreno Fraginlas, que incluye en su detallado estudio sobre la producción de azúcar en la isla aspectos relacionados con los usos y posesión del suelo.¹³

A partir de aquí el tema ha tenido tratamientos puntuales en obras de carácter general¹⁴ o desde la perspectiva regional, que ha gozado de cierto auge en la historiografía hecha en Cuba y se han realizado contribuciones interesantes.¹⁵ En los últimos años han visto la luz nuevos estudios desde postulados y perspectivas metodológicas diferentes, tanto

¹² Juan Pérez de la Riva, «Tres siglos de historia de un latifundio cubano: Puercos Gordos y El Salado», en *El barracón y otros ensayos*, La Habana, Ciencias Sociales, 1975, pp. 91-124. Leví Marrero, *Cuba, Economía y Sociedad*, Editorial Playor, Madrid, 1971-1992, 15 vols. (De forma particular los acápites dedicados a la tierra en los tomos 2, 3, 6 y 10).

¹³ Ver por ejemplo Fe Iglesias, *Del Ingenio al Central*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1998; «Formas de venta y precio de la tierra en el Occidente de Cuba, 1700-1750, *Rábida* n.º 17, Huelva, 1998; «La estructura agraria de La Habana, 1700-1775», *Arbor*, n.ºs 547-548, tomo CXXXIX, julio-agosto, 1991 y «Algunos aspectos de la distribución de la tierra en 1899», *Santiago*, n.º 40, diciembre de 1980. Gloria García, «El auge de la sociedad esclavista en Cuba»; G. García y Orestes Gárciga, «El inicio de la crisis de la economía esclavista», en Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba. La colonia, evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*, La Habana, Editora Política, 1994, tomo 1, pp. 225-264 y 360-400. Manuel Moreno Fraginlas, *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, Ciencias Sociales, La Habana, 1978, 3 tomos.

¹⁴ Véanse Ramiro Guerra, *Manual de Historia de Cuba*, Ciencias Sociales, La Habana, 1971. Heinrich Friedlaender, *Historia económica de Cuba*, Jesús Montero Editor, La Habana, 1944. Y los tres tomos publicados por el Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba. La colonia*, tomo 1; *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales. 1868-1898*, La Habana, Editora Política, 1996, tomo 2; *La neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, La Habana, Editora Política, 1998, tomo 3.

¹⁵ Los estudios regionales en Hernán Venegas Delgado, «Apuntes sobre la decadencia trinitaria en el siglo XIX», *Islas*, n.º 46, septiembre-diciembre, 1973, pp. 159-251; «Consideraciones en torno a la economía remediada colonial», *Islas*, n.º 67, septiembre-diciembre, 1980, pp. 11-79 y «Notas críticas sobre la economía colonial de Villa Clara», *Islas*, n.º 81, mayo-agosto, 1985, pp. 16-88. Orlando Martínez, «Estudio de la economía cienfueguera desde la fundación de la colonia Fernandina de Jagua hasta mediados del siglo XIX», *Islas*, n.ºs 55-56, septiembre de 1976-abril de 1977, pp. 117-169. Nelson Oliva y Ángel Velázquez, *Campechuela. Origen y desarrollo hasta 1899*, Impreso en la fábrica José Joaquín Palma, Bayamo, 1989 y *La hacienda ganadera en Bayamo, 1800-1850*, La Habana, Ciencias Sociales, 1996.

dentro como fuera de la isla, sobre la problemática de la tierra y el entramado social.¹⁶

Pero si bien la tierra como generalidad no ha estado ausente en la historiografía de la isla, ha faltado continuidad. En este ámbito no se han alcanzado los avances conseguidos en otros temas como el azúcar, la esclavitud o las guerras por la independencia. La temática adolece de un número reducido de contribuciones y se continúan arrastrando visiones y tópicos. Se tiende a considerar las transformaciones en el régimen de la tierra de manera diferenciada, entendiendo su evolución en clave interna, al margen de la política aplicada por España y desvinculado de lo que estaba sucediendo en Hispanoamérica.

Proponemos entonces el estudio de la sociedad cubana a partir del examen de los usos y dominios del suelo en dos niveles: el real —lo que estaba ocurriendo— y el jurídico —explicación del pasado—. Los cambios acaecidos se insertan en un conjunto de procesos económicos, políticos y sociales, a los que se añaden las condiciones internacionales. La isla no fue ajena al proceso mucho más amplio que estaba teniendo lugar tanto en la metrópoli como en sus colonias, entendido a partir de la interrelación de los factores externos y de la evolución interior de cada territorio. Aceptamos la inclusión de la isla en la corriente general que desde la metrópoli pretendía regular los usos y dominios del suelo —común a toda la América española— y a partir de aquí profundizamos en el enfrentamiento entre la Corona y los propietarios insulares. Las formas en que se van articulando los objetivos de la primera, obtener más recursos para el fisco, con las intenciones de los segundos, acaparar más tierras.

Al análisis entrelazado de la estructura económica con la evolución de la tenencia de la tierra y la conformación de grupos sociales con un modo de vida e intereses comunes, edificados sobre las condiciones materiales, se añade la exploración de los condicionantes políticos y jurídicos. No se trata de revisar la estructura agraria desde la perspectiva de la historia del derecho, sino de integrar la particularidad de la isla dentro de la generalidad del imperio español y esclarecer la construcción jurídica de las relaciones sociales. En este sentido tratamos de alejarnos, en

¹⁶ Entre ellos Reinaldo Funes, *De bosque a sabana. Azúcar, deforestación y medio ambiente en Cuba: 1492-1926*, Siglo XXI, México, 2004. Mercedes García, *Entre haciendas y plantaciones. Orígenes de la manufactura azucarera en La Habana*, La Habana, Ciencias Sociales, 2007. Gerardo Cabrera Prieto, *Conflictos, tierra y poder en Las Tunas (1777-1849)*, La Habana, Editora Historia, 2008. Vicent Sanz, «De la concesión de mercedes a los usos privativos. Propiedad y conflictividad agraria en Cuba (1816-1819),» en José A. Piqueras (ed.), *Las Antillas en la era de las luces y la Revolución*, Madrid, Siglo XXI, 2005, pp. 247-273.

lo posible, de los axiomas establecidos y revisamos los conceptos acuñados de las principales figuras agrarias —censos, realengos, baldíos, propios, etc.— como paso previo para entender la evolución de la estructura agraria.

Los factores productivos y la distribución de la propiedad por sí solos o aislados, no son suficientes para explicar el cambio social. De ahí que en nuestra investigación revisamos las relaciones de propiedad en tanto expresión jurídica de las relaciones de producción, atendiendo no solo a los modelos de desarrollo económico generados sino también al reconocimiento de los grupos agrarios asociados a él para explicar los conflictos sociales. El análisis del modelo agrario basado en la plantación se complementa con el estudio de las consecuencias del proceso de consolidación de la propiedad agraria y su incidencia en el modelo poblacional y social. Los grupos de propietarios poderosos que controlaban el Cabildo, al tiempo que se vieron amparados y beneficiados por el poder colonial, terminaron convirtiendo en clientes a los pequeños y medianos propietarios. Pero también a todos aquellos que vivían al margen del azúcar, como fue el caso de los ganaderos.

Lo anterior nos lleva a atender las particularidades de las regiones del centro y oriente, donde la ganadería continuó siendo la actividad fundamental y pervivieron los usos y costumbres de raigambre feudal. Con especial atención a las haciendas comuneras —figuras agrarias que subsistieron hasta el siglo xx— y el freno que representaron a la propiedad individual. Las vías utilizadas por los hacendados que, en un proceso menos intenso que en el occidente, de igual forma apelaron a las usurpaciones para apropiarse de los terrenos. Así como el papel jugado por el Estado y los municipios. El primero, interesado en utilizar su patrimonio con destino a la colonización, mientras los segundos, convirtieron la enajenación de los propios en un negocio lucrativo.

El libro se cierra con el análisis de las líneas fundamentales de la evolución de la propiedad en los primeros años del siglo xx. El proyecto desarrollado por las autoridades norteamericanas de intervención, en cuya gestión de gobierno también participaron prominentes figuras de la vida política nacional, sería continuado por los gobiernos republicanos. Su resultado: la consagración de los latifundios asociados al vertiginoso crecimiento azucarero que tuvo lugar en el primer cuarto de siglo de vida republicana con un nuevo elemento: los capitales estadounidenses.

Nuestra indagación en definitiva atenderá de manera preferente al análisis de la ordenación agraria desde una perspectiva integradora en la que aparecen indisolublemente unidas las relaciones de producción con los usos y dominio del suelo, de manera que podamos avanzar en la

comprensión de las manifestaciones sociales generadas y coligadas al modelo agrario de desarrollo. Tierras, propietarios y cultivadores, tres elementos que cobran forma en el entramado socioeconómico y político de la isla, entendiendo los conflictos en torno a la posesión, como expresión del enfrentamiento de dos concepciones sobre el desarrollo: la plantación frente a la pequeña propiedad agraria. La *Cuba A* frente a la *Cuba B*.

* * *

Este libro es la culminación de varios años de investigación dedicados al examen de la estructura agraria en Cuba. Para ello he contado con el respaldo del grupo de investigación Historia Social Comparada de la Universitat Jaume I (Unidad Asociada del CSIC) del que soy miembro. Mis primeras palabras para su director José Antonio Piqueras, mi maestro, quien más ha insistido para que esta investigación se concretara en un libro. Sin sus críticas, comentarios y recomendaciones seguramente la andadura hubiese sido más difícil. Pero sobre todo quiero darle las gracias por sus enseñanzas. A Amparo Sánchez quien desde el despacho compartido me ayudó con mis demandas de datos cuando me encontraba lejos, e hizo más, me animó y estimuló, su dedicación merecería seguramente un alegato más extenso. A Claudia Varella que adoptó como tarea inspirarme confianza contra el desaliento. Y al resto del equipo: Patxi Guerrero, Emma Dunia Vidal, Antares Ruiz del Árbol y Delphine Sappez quienes me han arropado en estos años. Mención especial para Beatriz Joda y José Antonio Lozano por su inestimable ayuda, mucho mayor que esta escueta línea.

Desearía hacer constar mi gratitud con el PAS de la UJI: a José Luis Gordo, Merche Cazalilla, M.^a José Ferre, Susana Cañada, Silvia Prades y Ana M.^a Luna, de la Unidad de Gestión 6, gracias por su apoyo. También Vicent Sanz, Sari Mallen, Luisa Llorens, Palmira Chiva, Tere Hernández y Bárbara Saez. Estefanía Balderas, Arecelys López, Belén Sánchez y Neus Agramon. Sonia Gil, Chus Meléndez, Merche Barbas y Lucía Honrrubia.

Gracias al Plan de Promoción de la Investigación de la UJI (Programa de Movilidad) he podido contar con varias becas que me han permitido el desplazamiento a los Archivos y Bibliotecas. En este caso soy deudora de los profesores que avalaron mi trabajo: Manuel González de Molina, Pere Gabriel, Martín Rodrigo y Alharilla, Johanna von Grafenstein y, en especial, Carmen Barcia por su respaldo para que pudiera realizar las estancias de investigación en Cuba.

La consulta de datos y el acopio de material fueron mucho más fáciles debido a la profesionalidad de los trabajadores de todos los archivos y bibliotecas consultados. No puedo dejar de distinguir a Jorge Tarlea y Pilar Castro en el Archivo del Consejo de Estado. Al personal del Archivo General de Indias cuya diligencia excedía sus funciones. A Lola, que me brindó hospitalidad durante mis dos estancias en Sevilla, y a Sigfrido Vázquez. En el Archivo Nacional de Cuba me acogieron como un trabajador más y multiplicaron el tiempo limitado del que disponía. Mi deuda con Marisol Mesa se extiende a una amistad cimentada en muchos años. A Yolanda Díaz y Gerardo Cabrera mi gratitud por atender siempre mis peticiones y mis prisas, mi compromiso con ellos sobrepasa estas líneas y una camaradería a toda prueba. A Jorge Macle por su deferencia en el microcosmos de la Mapoteca. Mi reconocimiento también a Julio López, Jesús Cejas, Richard Cambell, Ángela Báez, Miguel Sabater, Rafaela Curbelo, Alba Dreke, Miriam Ruiz, y M.^a Antonia Vázquez.

Versiones preliminares de algunos de los aspectos tratados se presentaron en congresos y seminarios. Quiero agradecer las sugerencias recibidas en el Seminario de Historia Social de El Colegio de México que dirige la doctora Clara E. Lida, cuyo comentarista fue el doctor Horacio Crespo, de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Este libro es deudor de la ayuda de otros muchos amigos, a Gloria García y Fe Iglesias que me precedieron y ayudaron en la comprensión de la historia agraria de la isla. Manuel de Paz, Salvador Broseta, Josef Opatrný, Manuel Barcia y a Alfredo Moreno Cebrián una mención especial por su respaldo. A Genaro Rodríguez, interlocutor de la problemática agraria antillana sobre todo en lo referido a la República Dominicana, así como a Roberto Cassá por su generosidad y enseñanzas. A Carmen Almodóvar y Angelina Rojas, siempre dispuestas a auxiliarme.

A Paco y Mabel por su aliento. Reinaldo Funes y Maríal Iglesias, interlocutores y compañeros durante sus estancias en Castellón. A Nadia Fernández de Pinedo, Jaime de Diego, María y Gregorio, Angelines, Manolo, Sara y Javier. En México a Lisette Rivera, Martín Pérez Acevedo, Olivia Reinaldos y Annette Shultze.

A Irene, que nos legó una lección de lucha y supervivencia. A Eduardo, Ruth, Edu y Joaquín.

Y a mi familia, que no por ser los últimos, resultan menos importantes para mí, Yanipcia, Henrry, Odelayi, Laura y Omar presentes también en la distancia. A José por comprender las ausencias, los encierros y esperar...

El estudio se inició dentro de los proyectos de investigación HUM-2006-03651-HIST del Ministerio de Educación, HAR-2009-07037/HIST del Ministerio de Ciencia e Innovación y Bancaixa-UJI (P1-1A2008-08). Como resultado de los mismos he ido adelantando algunas ideas en varios estudios parciales, que han sido revisados, actualizados y ampliados. El texto se concluye ahora en el marco de los proyectos «La sociedad creada por la plantación: lógicas confrontadas, consenso y disenso colonial (Cuba, 1783-1898)» HAR2012-36481 de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (MINECO), del Programa Prometeo 2013/023 de la Generalitat Valenciana para Grupos de Excelencia y UJI (P1-1B2012-57).

No quisiera concluir sin dedicar unas palabras de homenaje a Julio Le Riverend. Su libro *Problemas de la formación agraria de Cuba* abrió el camino y me impulsó en esta dirección. Y como dijera el propio Le Riverend «queda mucho por hacer».